

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Homeopatía, Ciencia y Arte de la Curación. ¿Por qué?

María llegó a la consulta con un cabestrillo hecho de trapos y palos. Era una mujer indígena mixteca de la montaña, proveniente de la Sierra Azul de Oaxaca, en México. La traían cargada sus dos hijos. Cuando la encontré, ella tenía unos 60 años. Era una mujer de campo y muy avejentada, pequeña y encogida, con el pelo corto y blanco.

No podía valerse por sí misma porque tenía todas las articulaciones muy hinchadas, tanto, que eran del doble de su tamaño normal. Además, cuando las mostraba brillaban y tenían una tonalidad entre rosada y nacarada por la enorme cantidad de líquido que había dentro y por la intensa inflamación crónica; era una especie de artritis serosa y un cuadro de reumatismo articular crónico con intensa agudización de carácter deformante. Ya tenía todos los dedos de las manos y los pies desviados en modo evidente.

No obstante la situación, la mujer era dulce y amable, incluso para quejarse, y tenía la actitud de extrema humildad de la gente sencilla indígena, característica del pueblo mexicano. La mujer lloraba fácilmente y estaba abatida y desesperada dentro de su silencio. Sus hijos decían que había cambiado y estaba muy irritable, muy diferente a como era antes.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

La mujer me contó que fue enfermado poco a poco de las articulaciones desde hace 3 años. Al principio, intentaba esforzarse para realizar los trabajos de siempre en el campo, hasta que le fue imposible cumplir con dicha labor por los dolores intensos que le impedían moverse.

Los dolores iniciaron en las articulaciones de las rodillas y los tobillos, primero del hemisferio derecho y luego del izquierdo, hasta que paulatinamente las molestias subieron a las manos y los brazos. Finalmente, quedó totalmente inmovilizada incluso de la columna vertebral.

La paciente había sido tratada con corticoides —que todavía tomaba—, pero a pesar de ello se agravaba cada vez más. Por ese motivo, al no encontrar una mejoría duradera y al ver que la enfermedad avanzaba, decidieron acercarse a nosotros por lo bien que hablaban de los **médicos brujos blancos**.

Los dolores eran continuamente de pinchazos y ardor urente (quemante) y el mínimo movimiento la obligaba a permanecer continuamente en la cama y en reposo total. Al tacto, las articulaciones estaban muy sensibles y como empastadas. Naturalmente, estaba estreñida por la obligada vida sedentaria. No sentía el deseo de deponer, hasta el punto de que debían ayudarla con masajes y un enema de agua templada y aceite de oliva. Las evacuaciones eran duras, secas y grandes.

Había tenido tres hijos varones. Muy duros. La mujer nos contó que toda la vida su marido la había hecho trabajar como una mula; la hacía cargar desde jovencita pesos enormes, como a los animales, y le hacía subir la montaña. Si se detenía, le pegaba, como si se tratara de una mula de carga. Ella lloraba mucho, pero mientras más lloraba más le pegaba, y así fue durante muchos años... hasta que se enfermó.

En la primera consulta todo terminó allí. La mujer ya no tomaba cortisona desde hacía 15 días y estaba muy adolorida. De acuerdo con los síntomas, le recomendé un remedio llamado **Bryonia**, potencia 6CH, 3 gránulos, 3 veces al día, con la indicación de que nos dijera cómo se encontraba al segundo y tercer día de tratamiento.

Después de tres días había una ligerísima disminución del dolor; continuó por una semana y hubo una lentísima y leve mejoría todavía. Entonces se aumentó la potencia a 7CH y 9CH, y de manera

muy lenta se pudo mejorar su condición hasta un 30 por ciento, en dos meses. Durante ese tiempo intentó ponerse de pie, sin conseguirlo.

Por fortuna, la mujer tuvo la capacidad de soportar el sufrimiento (de la misma manera que había soportado el dolor toda la vida). Se observó que esta difícilísima situación, naturalmente incurable, presentó, sin embargo, un cambio en el tipo de inflamación persistente rojiza de las articulaciones. Deseo de limonada y cosas picantes.

Su expresión era dócil y amable. Me sorprendió en modo desconcertante cuando le pregunté sobre toda la violencia que había vivido, porque yo imaginaba que conservaba muchísimo rencor a su marido. Ella me contestó: “no, es mi marido, ya no le tengo rencor porque ya no me pega”.

Los síntomas físicos, junto con la extrema docilidad y servilismo de la mujer, me hizo darle **Pulsatilla**. Vista la mejoría y el desarrollo con la **Bryonia**, y temiendo una agravación, le suministré **Pulsatilla** 30CH, 1 gránulo cada 3 días, disuelto en un vaso de agua con la indicación de agitarlo fuerte antes de cada toma. Debían avisarme de la evolución a los 15 días. Con la **Pulsatilla** se continuó una progresiva mejoría al punto de que, después de 2 meses, la mujer ya podía ponerse en pie y los dolores se habían reducido un 50%.

Para abreviar la historia he de decir que los síntomas fueron cambiando hacia sus manifestaciones más constitucionales, y recuerdo que, en un determinado momento, pudo empezar a tomar **Calcareo carbonica** 30CH, que le fue suministrada así: 3 gránulos en seco, cada 3 o 4 días, por mucho tiempo.

Les quiero comentar que luego de un tiempo vi llegar a esta mujer a la consulta por su propio pie, apoyada en un bastón, no obstante la supuesta incurabilidad definitiva de su enfermedad... y acompañada de su marido. Con este caso vemos, en modo evidente, el poder salvador de la enfermedad. Justamente por tratarse de personas muy sencillas y genuinas, tanto en lo bueno como en lo malo, con condiciones muy precarias y brutales, pudimos ver la enfermedad bastante espontánea y real.

De frente a los tratos brutales del marido y de la condición cultural habitual de su zona, la mujer, como tantas otras, abandonada a su suerte y habituada por los ejemplos atávicos, aguantó hasta donde pudo con tanto dolor y servilismo. Cuando no pudo más, en modo coherente el cuerpo se fue re-

belando y negándose a seguir caminando así. La extensión a todo el cuerpo de una enfermedad que no había sido heredada —porque todos los miembros de su familia murieron de ancianidad y sanos, físicamente— demuestra cómo todo se había producido como respuesta a la violencia del trato y el excesivo trabajo al que fue sometida durante muchos años.

Un cuadro grave, sin duda, pero que nos demuestra que la mujer tenía una buena fuerza vital. Que los síntomas fueron reactivos al mal trato y al trabajo aplastante en un ambiente húmedo y con fríos habituales. Esta condición de síntomas reactivos nos permite comprender por qué hubo una posible recuperación relativa. Eran síntomas de la “mala vida”. Al modificarse dichas condiciones, y aunque era ya bastante tarde, el cuerpo pudo hacer uso de sus recursos.

No hubiera sido igual si tuviera la continuidad de una enfermedad artrítica hereditaria o diátesis reumática. Este triunfo terapéutico se debe, sin duda, al poder curativo de la Homeopatía en su sentido completo: su doctrina, basada en la experimentación pura y la potencia extraordinaria del *simillimum* o remedio similar, prescrito con precisión en cada momento de manifestación organizada de los síntomas del paciente.

Reflexiones

En un acto médico completo, la consulta debe comprender el momento del **arte/encuentro** y el momento **técnico** y **metódico**. El momento del **arte** como momento de encuentro es la comunicación profunda y real con el paciente. Con el desarrollo y el acontecimiento de su historia y su vida irreplicable. Sus sentimientos, su modo de leer y saber lo que le ha pasado y el origen de su desarrollo, de ese sufrimiento llamado enfermedad. Es ese fundamental relato espontáneo y sencillo de su vida, tal cual es. Sin necesidad de lenguajes artificiales. El encuentro del hombre que sufre con su propia historia a través del dolor que vive y padece, confesado a sí mismo a través de otro ser humano capaz de comprenderlo y capaz, a su vez, de acompañarlo y guiarlo hacia la restitución posible de su vida y de su bienestar físico y mental.

Lo que tiene de arte, por parte del médico, no es sólo escuchar y comprender humanamente. Lo que tiene de arte es conocer lo invisible de su **significado** en ese paciente, en ese momento y sus posibilidades psíquicas y físicas de progresiva recuperación. Saber transmitirlo y hacer que su propia persona y su propia palabra sea terapéutica en modo preciso y acertado.

Lo extraordinario de la Homeopatía es que este significado no es sólo una comprensión profunda de la situación humana, sino que este significado está integrado en el poder de acción del remedio homeopático, o *simillimum*, dando la posibilidad, con el solo remedio, de restituir la discrasia o el desorden de la totalidad mental, física y vital del paciente. Y esto es el maravilloso arte médico de la ciencia homeopática.

El momento de la técnica y de la fría ciencia homeopática no consiste en dar un remedio que compense una función metabólica, o lesión, del sufrimiento de un paciente separado de su totalidad, como puede hacerse con antiinflamatorios o cortisona. Es el momento de la aplicación del saber médico y del método científico completo que permite identificar en modo claro, exacto y preciso la intención curativa dentro de las posibilidades mentales y físicas del paciente. Y con la misma claridad, exactitud y precisión la elección del remedio más similar posible a sus necesidades: el *simillimum*.

Lo más adecuado a lo que sus fuerzas vitales están pidiendo a través de todos los síntomas organizados en lo que todos comprendemos como una **enfermedad**. En este caso una auténtica artritis reumática degenerativa severa y avanzada con probables lesiones generalizadas de artrosis.

Desde el punto de vista del arte o del encuentro terapéutico, fue un paso importante que la mujer confesara, incluso delante de sus hijos varones, el dolor de todo lo vivido. Estamos hablando de una mujer de los estratos más humildes y de la generación anterior, donde hablar de sí mismo y los propios sufrimientos no ha sido nunca la costumbre.

Pero esta confesión adquiriría sentido, no sólo humano sino también terapéutico, al ser incluida en el reconocimiento de un remedio que en su modo de acción comprende y fue capaz de restituir el orden, lo que incluyó el desorden de su vida. No solo haciendo conciencia, sino haciendo que esta conciencia entrara en una invisible restitución sanadora, a través de la cual la paciente fuera capaz de poner los límites que no había puesto nunca y pedir con su propia boca la ayuda necesaria e imprescindible para recuperar su vida física y mental y su más elemental dignidad humana.